

Vértigo

Por Carlos Reyes



LAS CALLES

Había nacido antes de las guerras psíquicas y mucho antes del azote de las enfermedades residuales, pero eso no cambiaba nada. Todo era así desde antes de su nacimiento y seguiría siéndolo después de su desaparición, de eso no tenía duda. De pie y sostenido entre dos pasajeros se entretuvo observando los ideogramas callejeros. Se le antojaron despojos cegadores destinados a dismantelar sistemas nerviosos. Cerró los ojos y esperó. Chocó contra fragmentos de luz en un laberinto multicolor. Escuchó atentamente. Percibió los sonidos como olas de nerviosa estática y el propio cuerpo como bañado por olas de silicona ardiendo. Siguió buscando y hacia el fondo vislumbró una puerta.

La abrió.

Está aquí otra vez. Sabe que está enloqueciendo lentamente en medio de aquella estática en constante acople con el mundo, quizás por eso ensaya una y otra vez el viaje, perfeccionando su método de evasión. Vuelve a hacerlo y una vez más todo desaparece.

Era la hora peak y su bus iba repleto. De no ser así lo más probable es que se hubiese desplomado. El bus era lento, pero mucho más seguro que ir caminando, aunque siempre llegaba el inevitable momento en que había que bajar. El vehículo no llevaba asientos, el gobierno estimaba que no había dinero suficiente para comodidades superfluas así que iba de pie como todos. Santiago estaba en pleno verano y era fácil sentir el hedor de los pasajeros aún a través de la mascarilla de oxígeno.

Cuando el vehículo se detuvo miró por la sucia ventana y se percató de que había llegado a su parada. Se reprochó la distracción y con dificultad logró mover un pie y luego el otro. Propinó un par de patadas a los pasajeros más cercanos que le impedían el paso y comenzó su lento avance por el estrecho y repleto pasillo del bus. Sólo le tomó quince minutos- de los veinte de detención reglamentaria en cada paradero- llegar hasta la puerta trasera para intentar la bajada. Había aprendido que un buen golpe era el mejor de los pasaportes. Nadie que quisiera salvar ileso podía quedar impasible a su paso. Frente a la puerta de salida ocupó sus últimos cinco minutos en bajar

hasta la acera. La avalancha de gente que intentaba subir al vehículo era mayor que la de otros días, a pesar de que según rezaban las últimas estadísticas eran muchos los que por esos días optaban por no abandonar jamás sus nichos. Saboreó en secreto esa posibilidad. “Algún día lo intentaré” – se mintió, mientras encaraba a la palpitante masa humana de la calle que súbitamente y por breves segundos desapareció. Se preparó para recibir lo que se venía.

No hay nadie. Se sabe perdido en medio de una nada blanca y luminosa que lo sobrecoge. Sólo es su presencia y la luz caliente de aquel sol extendiéndose implacable sobre el cemento ardiente. Siente el fuego hiriendo su piel.

A punto de saltar del vehículo se armó de valor para lo difícil. Lo primero era evitar caer mal, probablemente no sobreviviría muchos días si llegaba a equivocarse, podía quedar a merced del avance de las gentes y del empuje de quienes se encontraban avanzando a decenas de cuadras más atrás. Si fallaba sería incapaz de hacer frente al torbellino y mucho menos aún de dirigir su propio avance.

El gentío se le antojó carne móvil, ganado que avanzaba lento y eficaz, como una revuelta celular en un cuerpo sano. Todos lucían deslavados, demacrados. En su memoria se dibujaron aquellos cuerpos con pingajos de piel sostenidos por sobresalientes estructuras óseas y con la mirada ajena y vacía que alguna vez visionó en las antiquísimas filmaciones de los campos de concentración Nazi. Sonrió ante la ocurrencia.

Si erraba esta vez podía despedirse de todo, pues ya se habían producido casos de muertes peatonales. Sin dudarle un segundo más y en el mismo instante en que el vehículo se ponía en marcha con un ruido ensordecedor dejando tras de sí una estela de humo y toxinas, cerró los ojos y saltó sobre la muchedumbre.

Se siente prisionero en una cárcel construida únicamente para él: minotauro secretor de su propio laberinto sin salida. Un simple paso en medio de este espacio inconmensurable se convierte para él en una tarea titánica. Intuye que este vacío y sus mareos son parte de un maldito enigma por descifrar.

Cuando abrió los ojos su cuerpo, como era de esperar, quedó dispuesto horizontalmente sobre el gentío, casi flotaba. Con manos y botas luchó por varios minutos tratando de poner pie sobre la acera. Logró, merced a variados golpes y movimientos bruscos, hacerse un espacio por el que meter una pierna y, apoyándose en los cuerpos, empujó tratando de introducir la otra pierna y luego la cintura. Lo logró, sintió la presión, pero aún no llegaba a poner ambos pies sobre el piso, de manera que parte de sus hombros y su cabeza sobresalía de la muchedumbre. Sudaba, en su rostro se reflejaban muecas de dolor, gimió. Aplicó lo que había aprendido desde que tuvo la edad suficientemente como para salir a la calle: patear y empujar evitando los golpes de los demás y apoyando el cuerpo en la masa compacta que avanzaba lentamente a su lado. La idea era lograr, lo más rápidamente posible, tocar el piso con ambas botas para así intentar darle dirección a su avance. Al cabo de mucho rato logró hacerlo. La presión dificultaba su respiración, aspiró con fuerza el aire que le llegaba por la mascarilla, sintió el cansancio y un persistente mareo que ya se convertía en vahído. Experimentó ese instante mágico y terrible en que las luces bailan ante los ojos y el mundo empieza a perder el foco hasta que una luz blanca llena por completo el campo visual y después sólo puntos rojos titilantes y más tarde el vacío y la oscuridad.

Siempre era así con el trauma de la presión. Ya no le temía, aunque era sabido que muchos no lo soportaban y morían debido a la falta de oxígeno. Para calcular el lugar de bajada del bus jugaba con algunas variables que ya manejaba con soltura, la velocidad de avance del bus y de la muchedumbre, el tiempo requerido para bajar y también la posibilidad del ligero desvanecimiento. Jamás había fallado uno de sus cálculos. Así que cuando su cuerpo, en total inconsciencia, fue

arrastrado por casi cuarenta y cinco minutos por aquella masa humana, ello no significó ninguna pérdida lamentable en sus planes.

La jornada ha sido agotadora. Luchando contra la fatiga y los vahídos. Allá lejos vislumbra claramente un paisaje sintético de formas regulares. Las distancias y tamaños le parecen desproporcionados. ¿Qué clase de seres podrían habitar este lugar inmenso y despojado?

Despertó.

Sintió un agudo dolor en un costado, Probablemente alguna costilla rota. Nada que no pudiera arreglar en su nicho. A su izquierda, el gentío subía por la vereda hacia el norte, mientras que la masa humana de su derecha, lo hacía hacia el sur. Miró tratando de ubicar su posición, Plaza Italia aún se vislumbraba allá lejos, enfrente. No se había pasado, todo iba bien. Ahora sólo tenía que esperar el momento adecuado. Gracias a un certero codazo en el estómago de un hombre pequeño pero esbelto, logró colarse en la columna del sur. Recibió más golpes y alguien dejó caer un insulto.

El ruido incesante de los motores, el monótono arrastrar de miles de pasos, el murmullo de los transeúntes y las turbinas de los motores mezcladas con la música que provenía de los locales repletos, producían un barullo que ni el máximo volumen de música de su propio personal CD era capaz de evitar. Aprovechó una breve detención para acomodarse la mascarilla sobre la fina nariz. Tragó saliva. Estaba pronta la aparición de su esquina. Preparó sus manos premunidas de guantes para ayudarle en el agarre. Un codazo aquí y allá fueron suficientes para acercarse a su objetivo. El poste estaba ya a escasos centímetros. Si fallaba podía despedirse perfectamente de terminar la noche en su cubículo. Con mucha suerte podría sobrevivir días o hasta meses en la calle, antes de que ocurriera la imposible eventualidad de que la masa andante volviera a pasar remotamente cerca de su nicho.

Este era un peligro común y mortal para muchos. Si alguien perdía la ruta a su hogar podía vagar por meses sin lograr salir de las calles. Si lograba salir del tumulto, con suerte podía comer en algún boliche, sólo si lograba encontrar algún dependiente desocupado. Esto podía hacerse hasta acabar con el dinero que se llevaba, de lo contrario podía quedarse hasta sin comer, lo que sumado a la imposibilidad de volver al trabajo, del que además eran automáticamente despedidas las personas después de una ausencia de setenta y dos horas, equivalía a una sentencia de muerte.

Muchos habían perecido de inanición en medio de los tumultos de los que jamás pudieron salir. Algunos permanecían meses moviéndose de aquí para allá antes de que los de limpieza o rescate, según fuese el caso, y gracias a las denuncias de los propios transeúntes, lograran sacar el cuerpo muerto y pútrido, o bien salvar a tiempo a las víctimas.

Con esta amenaza, siempre posible pulsando en su cabeza, calculó el momento exacto de la maniobra. Con rápido movimiento estiró el brazo, al tiempo que comenzó a dar desesperados puntapiés. Tenía que cruzar el grupo en un rápido movimiento en diagonal para alcanzar el poste antes de que la masa arrastrara su cuerpo lejos de allí. Después de varios golpes a favor y en contra, su mano izquierda logró asir el codiciado y delgado cilindro. No debía soltarlo, no hasta que lograra llegar a él con todo el cuerpo. Tenía que hacerlo rápido o su brazo pronto cedería a la presión del grupo.

Con un esfuerzo titánico logró hacer que su otra mano llegara hasta el objetivo y con fuerza se empujó hacia adelante. En su avance hizo detenerse brevemente a la columna que sin embargo, aún pujaba. Se ayudó con movimientos espasmódicos como si fuese un pez y logró levantar su cuerpo, cuya parte inferior aún era presa segura de la muchedumbre. Volvió a jalar y patear hasta que logró disponer su cuerpo horizontalmente sobre la gente, de modo que golpeó en su desesperación a varios ciudadanos en la cara y logró, gracias a que podía usar las cabezas y hombros de los transeúntes como

escalones, arrastrar su, afortunadamente delgado y liviano cuerpo, hasta el poste de luz que le indicaba que se encontraba ya a escasos centímetros de su hogar.

Deambula por entre la nada de este lugar atemporal mientras su cuerpo se seca bajo una docena de soles. Tal vez a tiempo o quizás demasiado tarde entiende que ha creado la versión del suburbio de su propio paraíso o infierno personal y no sabe si le gusta.

Cuando llegó al poste lanzó un gemido de satisfacción. Con sus manos firmemente aferradas a éste, ahora sólo tenía que ponerse de espaldas a la muchedumbre y tratar de llegar a su nicho a través de las personas que permanecían pegadas a la pared y que esperaban una ocasión propicia para entrar nuevamente en el torbellino. Pero eso ya era un juego de niños. Se propuso dar los últimos seis pasos de aquél día, que eran lo único que ahora lo separaba de su hogar. Respiró con energía y se lanzó a la escaramuza final.

EL NICHOS

En su cubículo podía descansar. La puerta se activó con la llave electrónica y la puerta corrediza se deslizó en silencio. Una vez adentro, el cuerpo quedaba dispuesto en posición horizontal. El cubículo sólo tenía espacio para una persona y dejaba cierta movilidad manual para operar. Al acomodarse en el interior del tubo, las luces fluorescentes titilaron nerviosamente al encenderse automáticamente, la acolchada superficie del lugar lo recibió con toda la calidez de que era capaz su termostato. Se dejó caer sobre la mullida superficie mientras su cuerpo y ropa eran laboriosamente limpiados por maquinas infinitesimales que recorrían cada rincón de su cuerpo y cada pliegue de sus ropas, incansables obreras fruto de la avanzada nanotecnología. Sorbió sus alimentos, mientras una jeringuilla le inyectaba los nutrientes detectados como escasos o simplemente no observados. Activó el computador a su conexión en el bulbo raquídeo y se dejó llevar.

ZAPPING

La realidad se replegó, desecha en miles de ángulos imposibles. Una vez conectado decidió recibir una avalancha de noticias simultáneas en canales preprogramados que se activaban, cambiaban o permanecían en un origami múltiple según la evolución de sus propios deseos detectados por la máquina gracias a ligeros cambios oculares, variaciones lagrimales, dilatación pupilar y cosas por el estilo que jamás había entendido del todo. Los aparatos funcionaban, era mágico y totalmente inexplicable para el ciudadano común y no le importaba descubrir el truco, sólo lo disfrutaba como todos. Padeció los noticieros. Algunos golpeaban fuerte, otros eran como gritos o lamentos. Se hundió en el adictivo caos de ruido blanco y de imágenes mutiladas.

... extraño mutismo en fuentes guber... malformaciones genéticas en sectores pobres de la perif... furia regresiva... ansiedad descendiendo... medades venéreas terrestres acabaron con pueblos origin... culturas neoanárquicas... nuevo y falso profeta... terrorismo cultural... potencial de penetración radical cero... microprocesadores armónicos en ... no son del cuerpo... nuevo ataque de radicales invertidos... bomba neuronal provocó pánico en... contra países tercermundistas por exportar órganos defectuosos ...blemas con los implantes japoneses... programas de publicidad subliminal incorporados ilegalmente en tejido neuronal injert...

El barrido fue satisfactorio y cesó cuando su ojo lo dispuso. Deseó una vista de la calle y cuando la obtuvo, la miró largo rato. Se imaginó ahí en medio de la multitud. Dejó que las imágenes lo invadieran mientras otras zonas de su escindida mente se ocupaban de menesteres más pragmáticos como revisar los nutrientes a encargar, regular la temperatura, leer, escuchar música y escribir algo que luego al leer conscientemente le fuera sorprendente o al menos gracioso.

LAS PLAGAS RESIDUALES

La clave de este fantástico lugar se encuentra en el vértigo del desquiciante paisaje que espera ser descifrado. Corre frenéticamente por la inmensa avenida, todo comienza a dar vueltas en su cabeza y se deja llevar. Lo último que ve de su reino minimalista es ese cielo de luz áspera y destellos desgarradores.

En algún lugar de su mente brilló una señal, alguien pedía entrar. Desgraciadamente era S... uno de sus pocos conocidos que había contactado en uno de sus leves movimientos oculares. Ahora lamentaba haberlo conocido. S... estaba afectado por una de las incurables enfermedades residuales.

Las guerras psíquicas habían provocado tantas alteraciones que a diario miles de personas morían en todo el planeta debido a nuevas enfermedades para las que no había nombres. Todas eran síntomas del mismo mal que atacaba la realidad. Las guerras psíquicas habían logrado horadar al mundo que perdía coherencia a raudales, gracias al ataque de estos nuevos virus impensables de los que sólo una pequeña parte habían logrado ser clasificados. Ahí estaba la terrible plaga visual que mataba por sobredosis de iconicidad; la de Schrödinger que mantenía a sus víctimas en una superposición de estados, ni vivos ni muertos; la de “deja ví” que obligaba a los enfermos a repetirlo todo una y otra vez, incluso el instante de la propia muerte; la de la “transparencia” que convertía la piel en frágiles láminas de cristal que dejaban expuestos los órganos internos de la desdichada víctima; la del “meta-sueño” que sorprendía al durmiente atrapado en un sueño dentro de otros, el soñador moría finalmente en la atroz agonía de intentar regresar desde la última de las pesadillas.

S... padecía la bautizada como “plaga parenésica”. Desgraciadamente no había sido afectado por la grata “plaga del silencio”, que permitía observar la lenta degradación y muerte del enfermo en el más absoluto mutismo de éste. “La plaga del silencio” volvía al enfermo incapaz de articular palabras, pues el virus se encargaba de destruirlas sistemáticamente. El enfermo perdía todo contacto con el entorno, gracias a una total incapacidad de ingresar al mundo del lenguaje, comprometiendo así su propia noción de realidad y provocándole una muerte carente de toda conciencia de sí misma. Pero el silencio no era precisamente el síntoma principal de los enfermos de parestesis, enfermedad que en S... ya lindaba en el estadio terminal.

Pensaba en esto cuando trató de ignorar la conexión, denegando la entrada, pero el sujeto insistía – e insistiría tanto- que se mintió pensando en que incluso podría resultarle gracioso por un rato y le abrió.

Lo saludó. Sólo podía ver la cabeza de S... recortándose sobre un fondo neutro y deslavado.

– Sabes... – dijo la cabeza de S... en la pantalla. Su rostro era cadavérico, los ojos rojos, las ojeras violáceas, los pómulos salientes y los labios resecaos y sucios. El mal ya mostraba evidentes síntomas de su avance - me arrepiento tanto de haber mirado dentro de todo- dijo y agregó- Estoy al borde de la locura por entrometerme en algo de lo que no sabía nada y yo estaba preparado para eso, he estado menos preparado, es cierto, aunque no totalmente culpable, para encontrar todo un rebaño.

– Trató de escuchar el inconexo discurso de S... hasta que rápidamente perdió todo interés. Muy pronto sólo fingió escucharlo. Su mente estaba ya jugando con luces y rombos en otro no-lugar. La cabeza hizo una pausa para toser y prosiguió.

– No tuve la preparación para encontrar una noción íntegra del concepto ahora virtualmente desordenado – La excitación de S... iba notoriamente en aumento, sudaba copiosamente y su voz temblaba

– Pensé que podría descubrirlo y quedé hipnotizado. ¡Es increíble!... una variedad de tareas linfáticas con un solo rol central y dominante.– La cabeza detuvo su discurso y giró levemente a izquierda y derecha de su cuello, relajándolo antes de continuar- Asumí funciones que implican un amplio no alto rango de riesgo.– tomó aire para proseguir y abrió desmesuradamente los ojos rojos - Investigué en vano y completé algunas “realidades” – aquí bajó la voz al tiempo que miraba nerviosamente a diestra y siniestra como esperando una interrupción que no se producía pero que al parecer esperaba en cualquier momento. Su voz se volvió grave y profunda, casi solemne.

– Ciertos estamentos son una hipérbole. Cuando hubo dicho aquella última palabra un leve temblor se apoderó de su barbilla, de su boca comenzó a brotar abundante saliva.

– Confesé que la unidad de referencia sería el centro del universo y un grupo minoritario sólo centelleó brevemente. Algunos ingenuos llegaron a decirme que si el hermafrodita pregunta por un pez, podríamos enseñarle a soñar y otros me dijeron que... que... creían que deberíamos... dar... dar... darle cuerpoooooooooooooo...

A la saliva que brotaba de su boca en forma de blancos espumarajos, se sumaron espesos manchones rojos. Volvió a toser y esta vez parte de su cuerpo salió expulsado en el espasmo.

– Al... gu-gu... algunnn... os pro... mueven que...el personal filtra... profes... ionalmente sus propios rumores. ¿Qué... crees? ¿Q... ué cr... ees? ¿Quuué... – la cabeza de S... comenzó a moverse en espasmos irregulares y grotescos, mientras vomitaba trozos de órganos internos en el clímax de un nuevo ataque, probablemente el último de todos.

Para evitar escenas desagradables el sistema cerró automáticamente la conexión sin que ninguno de los usuarios se percatara de ello.

Decidió descansar. El insomnio le obligaba a inducir el sueño con psicosis. Y en breves segundos ya dormía.

LA MANCHA

Despierta. Su cuerpo desnudo está cubierto de llagas y quemaduras. Esta vez quiere permanecer aquí por más tiempo. Su respiración es agitada. Mira en todas direcciones y no puede creer el horror que ha creado. A su alrededor se extienden miles de kilómetros de mesetas de hormigón. El inconmensurable espacio le parece obscuro. Corre con desesperación por sobre las enormes y vacías praderas monocromas que no saben de límites. Le falta el aire y el corazón resuena en sus sienes. De pronto a lo lejos, perdida en la inmensa nada, se destaca una gigantesca mancha negra, como un trazo de tinta suspendido sobre una página en blanco, desnudo y sin sentido. Nunca antes lo ha visto. Decide explorar el suburbio oscuro. Libre del tiempo, abraza la idea de la propia destrucción que descansa en la latencia del inconsciente y en los anormales ángulos de aquellas construcciones aterradoras que intuye desde lejos.

Sin previo aviso sobreviene el mareo y siente el asco mientras se dobla en dos, fetalizado por el dolor.

Su vómito activó la alarma del cubículo que inmediatamente se puso en acción para evitar el ahogo de su habitante humano, despertándolo amablemente de la horrible pesadilla.

EL COLLAGE

Las cámaras callejeras estaban dispuestas a lo largo de todas las avenidas y rincones de la ciudad para controlar el tráfico de gentes y vehículos, detectar tacos y avisar de cualquier eventualidad a los grupos de rescate y emergencia. Al principio algunos pocos marginales alzaron

voces de protesta, se habló de control social, vigilancia y estados policiales. Palabras que a la mayoría sonaron absurdas y pasadas de moda.

Por aquellos días las lentes de las cámaras eran tan normales como el consumo de drogas de diseño. Había millares de cámaras y pantallas en toda la ciudad. Muy útiles para los que se encontraban por horas en las calles. Las pantallas de imagen múltiple permitían al ciudadano común disfrutar del incesante bombardeo de imágenes de sí mismo al desplazarse en las calles o de decenas de programas captados a lo largo de todo el mundo. Muchos adictos llegaban a superponer estas imágenes de dominio público con las que sus propios visores-personales les entregaban minuto a minuto obedeciendo las prioridades del menú personalizado de cada usuario. El collage era un pasatiempo muy popular, con el que se podía imponer a la propia mirada un ritmo, nivel de selección y aleatoriedad particulares, lo que provocaba fascinantes lecturas fragmentarias y erráticas con altos grados de complejidad. Era imposible posar la mirada en algo único. La sola idea de que en alguna parte hubiese una imagen que se pudiese perder de vista, resultaba insoportable para cualquiera.

Se sabe en una zona muerta, no significativa. Libre de los avatares del tiempo y el espacio, en un mundo cuántico que osa ser incomprensible.

Se encaminó al trabajo. No lograba arrancar de su mente aquellas malditas imágenes de pesadilla. Tenía miedo de volver a sentir aquel terror que lo acosaba ya desde hace varios meses. ¿Sería posible que sus visiones fuesen los síntomas de una nueva y mortal plaga residual?

EL LABERINTO

Aún no logra sostenerse aquí por mucho tiempo. Suda de pie frente a aquellos opresivos y gigantescos bloques de hormigón, frutos de geometrías dementes, monstruosas construcciones que conforman un vasto laberinto de horror. Mundo de pasillos interminables llenos de nada. Desértica topografía, testimonio de una ausencia irreversible. Esquinas de quiebres retorcidos y gigantescos, rodeados por el vacío. Vuelve a experimentar el pavor ante la nada que se le presenta por doquier. Nuevamente sus piernas se transforman en gelatina y todo su interior, ahora desecho, se vuelca hacia afuera. La garganta se ahoga en sus propios fluidos. Siente caer su cuerpo con una sensación que imagina semejante a la de la muerte. La nada acude nuevamente en su ayuda.

LA LOCURA

Lo despertó una jaqueca de proporciones. Su rostro demacrado lo ha asustado. Se recuerda la necesidad de pedir a su cubículo un chequeo médico para esta noche. El resto del día no se sintió mejor. Por la tarde, de regreso al nicho en medio de la masa humana, un destello cegador le obligó a cerrar los ojos y un horroroso estallido que detonó cerca de él lo lanzó hacia atrás.

Sintió algo caliente y viscoso en su cara.

Todo era caos, gritos y lamentos desgarradores. La masa humana retrocedió por unos momentos, pero luego recuperó su terreno. Detrás de él el grupo era imparable y comenzó a arrastrarlo hacia adelante en su avance. Algunos caídos que no habían logrado incorporarse a tiempo fueron aplastados por los horrorizados ciudadanos incapaces de detenerse por sí solos. Por fugaces instantes pudo ver frente a sí, y en medio del humo y las incipientes llamas, un breve vacío en medio de la calle. Era un inmenso cráter humano formado por trozos de cuerpos destrozados. Brazos, piernas y órganos internos en una escultura roja y palpitante. Muchos eran los que resbalaban en la sangre que llenaba el piso. Vio a un hombre con sólo la mitad de la masa encefálica en su lugar exigiendo calma y a un par de piernas sin torso ni cabeza, caminar arrastradas por la muchedumbre. Lo último que vio de aquel horror, antes de que la masa volviera a compactarse, fue como sus propios

pies aplastaban el rompecabezas de muchas carnes en cópula frenética. Los altoparlantes de las ágiles aeronaves policiales, que ya sobrevolaban el área a escasa altura, ordenaron calma. Los oficiales dispusieron rápidamente diques de contención masivos para impedir el avance en el sector y sellaron la zona infecta con la precisión de un cirujano. Ya no pudo ver más, el grupo lo arrastraba lejos cuando alcanzó a escuchar como la policía adjudicaba el atentado a un grupo terrorista de moda, cuyas bombas neurales, que eran instaladas en los cráneos de activistas Kamikazes, se detonaban en medio de la multitud. Esto constituía habitualmente la forma desesperada que tenían las tribus urbanas organizadas de exigir justicia, luchar por sus derechos o abogar por alguna novísima causa. Nunca se sabía exactamente qué exigían, ya que sus demandas desaparecían tan rápidamente como se originaban, alimentadas por la televisión y la propaganda.

Por primera vez se preguntó por la clase de gentes que habitaban su mundo opresivo y claustrofóbico. No entendió del todo lo que aquellas nuevas palabras surgidas repentinamente en su mente significaban. Supo que el fin estaba cerca cuando vislumbró en aquel horrible incidente la pieza final en su rompecabezas evolutivo hecho de retazos de palabras repetitivas, imágenes fragmentadas y datos inconexos que había acumulado durante toda su vida. Hoy estaba en condiciones de elevarse en el tiempo y descifrar su código oculto. Intuyó que este sería el último día de sus infinitos pasados y el primero de su nuevo futuro. Con sus manos llenas de sangre dibujó figuras mágicas en su cara, anagramas de nombres escritos en un alfabeto desconocido, metáforas de la eternidad que le aguardaba al final de su larga búsqueda. Todo era un presagio de su inminente partida. Estaba listo.

UN SALTO CONCEPTUAL

Vuelve la sensación de que está dando un paso fuera del tiempo. Sabe que sin el sentido del tiempo el mundo no existe. Aprende que eliminando el vector temporal, todo pierde identidad y la mente se libera hasta ser capaz de obliterar mundos. Se propone llegar hasta las últimas consecuencias.

Cuando llegó a su nicho seguía con la mirada perdida. Pensó en su laberinto de hormigón perdido en un rincón de la geometría secreta de su cuerpo. Ya no quería manejar las riendas. Destrozó el interior de su cubículo con rabiosa exactitud. Lo desmembró todo como si fueran las vísceras de un ser diseccionado como objeto de estudio y para el que se ya se descartara toda posibilidad de resucitación. En medio de los cables y chips que saltaban entre chispazos eléctricos escuchó la voz agónica de su hogar que le hablaba, apelando a una razón y a una lógica que ya sólo habitaba en sus propios circuitos.

Corre de un pasillo a otro de aquella megalítica construcción. Trata de entrar al laberinto, pero descubre que por más que avanza, siempre sigue encontrándose en medio de la nada.

Allá, lejana e imponente se yergue la gigantesca mancha negra recortándose en el horizonte. Con paso decidido marcha al encuentro de la masa oscura.

EL HORROR DEL CIELO

El sol ha dado paso a una tibia oscuridad. A la distancia, la masa negra semeja un manchón reventado del que brotaran delgados hilillos. A cada paso que da, la enorme figura desdibujada toma forma. Sin darse cuenta el espacio se comprime súbitamente y ya está debajo de la gigantesca oscuridad. Levanta los ojos y ve ocho delgadísimas columnas que bajan desde la mancha o que quizás parten del piso de cemento y se extienden hasta el cielo por sobre las nubes. Agudiza la vista y logra ver que la imposible longitud de aquellas flácidas y curvas columnas sostienen un algo inmenso que se bambolea en las alturas. Cuando ve que una de las columnas se levanta y cae a

cientos de kilómetros más allá, describiendo una curva aterradora e imposible, y cuando ve que otras columnas la siguen, el pavor que le eriza el cabello de la nuca le indica que se ha equivocado.

Lo que ha tomado por simples columnas son las delgadas patas que sostienen un inmenso cuerpo a cuya sombra ha venido cobijándose todo este tiempo. Las anómalas extremidades, cuya delgadez y altura no pueden ser compatibles con el peso que sostienen, se mueven con estudiada lentitud. Por sobre su cabeza ve como uno de los desproporcionados miembros se desplaza describiendo un arco abismal.

No puede ser, no está seguro, pero sin embargo sabe que no hay duda alguna. Ha visto algo y aquello le ha devuelto una mirada sin sentido, sin esperanza, sin humanidad. Agradece la incapacidad de sus ojos para reconocer detalles a esa distancia, pero lo que adivina allá arriba hace trastabillar su razón.

Sus ojos le muestran la imagen de una imposible y aterradora masa cartilaginosa, la imagen pesadillesca de un cuerpo que coquetea con las nubes a miles de kilómetros de distancia. Observa atónito el lento movimiento de las desmesuradas patas que se curvan para dejar descender a la enorme y oscura masa central que podría ser la de una araña regordeta y repugnante, hinchada por los fluidos de sus víctimas. Cuando sus ojos pueden dibujar en su cerebro la naturaleza real de aquello, sus esfuerzos ya son inútiles y todo acaba cuando su mente sobrecargada alcanza la masa crítica y estalla en miles de esculturas fractales de pensamientos desconocidos.

LA PUERTA SE CIERRA

Le ha sido señalado todo, se le ha concedido el perdón y el regreso. Su amor es inhumano. Algún rincón de su cerebro sabe que el hormigón que lo rodea es la silente proyección del paisaje onírico de su propio campo mental. Tenía el aspecto de un cadáver reanimado cuando, perseguido por las extrañas visiones, salió de su nicho en alguna parte yace el conocimiento secreto de que este lugar es un estado mental, la certeza de que el otro mundo al menos aún existe allá afuera, pero de que éste es verdaderamente suyo se detuvo largamente en la puerta. Abrazó su ausencia y se dejó mojar por la lluvia ácida sus lágrimas de alegría brillan a la luz del nuevo sol en aquella pradera de embriones flácidos y de relojes blandos y derretidos que cuelgan de las ramas de los árboles sus ojos desmesuradamente abiertos no abarcaron el dantesco y habitual espectáculo callejero con decisión se levanta del piso se acercó al grupo de transeúntes indiferentes. Con gran lentitud la llave electrónica de su hogar se le escurrió entre los dedos sus pasos son ahora firmes y seguros sobre el hormigón caliente, sin vahídos, sin vómitos en medio de la presión de los cuerpos húmedos, jamás se la escuchó caer al piso comienza a correr con decisión, como jamás había podido hacerlo, entregándose al silencio abrasador de un mundo cuyo sol siempre indica el mediodía. Su mente está aún perdida en un vasto paisaje invisible clausuró definitivamente una habitación en su mente allá lejos, arriba ve la enorme mancha negra y corre decididamente hacia el eterno encuentro con el amo y sin rumbo se fundió a la muchedumbre en medio de la lluvia y del incesante trastabillar de millones de pasos.

Publicado originalmente en: "Fragmentos Terminales", Ediciones Ergocomics, Noviembre 2002, Santiago, Chile. Ilustraciones: Ricardo Vega

